

FABULACIONES LITERARIAS FRANCESAS SOBRE EL NUEVO MUNDO
BASADAS EN LOS HISTORIADORES DE INDIAS

M^a DEL CARMEN FERNÁNDEZ DÍAZ
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA
cferdiaz@lugo.usc.es

“ELDORADO”: LA GRAN ILUSIÓN

En pleno siglo XVI, los franceses, queriendo emular las proezas españolas, se lanzaron a explorar las tierras del Nuevo Mundo recientemente descubierto y enviaron a Jacques Cartier, en el año 1536, como avanzadilla de sus pretensiones. La expedición gala se dirigió hacia el Norte del continente Americano, en busca de riquezas y de un supuesto paso hacia China, desconociendo en realidad el verdadero destino hacia el que se encaminaba, tal como le había sucedido al propio Colón, empeñado en llegar a Catay por la ruta del Oeste.

Cartier remontó el río San Lorenzo, hasta Montreal, e instaló allí una colonia, en el llamado Cap Rouge. Buscaban los franceses las riquezas de “Eldorado”, mito indefinido que se había instalado en la mente de los europeos a raíz de las lecturas de las crónicas de los historiadores de Indias, y deseosos de participar en el botín que, según los exploradores españoles, se hallaba en algún lugar indeterminado de aquellas tierras desconocidas. Imaginaban unos y otros una ciudad fabulosa, llena de riquezas, y su empeño era alcanzarla. América se convirtió de ese modo en sinónimo de tesoros inagotables en el imaginario cultural europeo durante varios siglos.

“Eldorado”, lugar mítico, se situó a veces en las lagunas de los Andes, hundido bajo el agua, lo que condujo a Jiménez de Quesada a descubrir las minas de sal de Zipaquirá o el reino de los Chibchas en las sabanas de Bogotá. Otras veces, aparecía como súbitamente encarnado en un personaje real, en un emperador vestido de oro y de

pedras preciosas, de difícil ubicación, lo que impulsó a Pizarro a la conquista de Cuzco.

Los grandes conquistadores se sintieron estimulados en sus hazañas por el sueño de "Eldorado". Así sucedió con Hernán Cortés y su conquista de México o con Orellana, que tratando de indagar sobre la existencia de las Amazonas (mujeres que su amputaban un pecho para disparar con el arco), dirigió sus pasos hacia las costas atlánticas.

Contaban unos que Pizarro había hallado en Cuzco un jardín en el que absolutamente todo era de oro macizo. Hablaban otros de las esmeraldas de Chibor o de Muzo, en "Nueva Granada", y de los tesoros que tenía almacenados Cortés en su palacio de México. Soñaban todos, sin excepción, con una imagen de América parecida a la del cuerno de la abundancia y así lo manifestó el obispo Mota ante las Cortes de Castilla, hablando de las riquezas de su señor, el Emperador Carlos V, poseedor de "otro nuevo Mundo de oro, hecho para él, pues antes de nuestros días no existía" (Fernández Álvarez, 1994: 28).

Los reciente envíos que Cortés había hecho llegar al Emperador, cuando éste se encontraba en Bruselas, comenzaban a deslumbrar a toda Europa y muy concretamente a los franceses, que no tardaron en conocer su existencia, no sólo a través de múltiples comentarios, sino también de los propios relatos de los exploradores y de sus predecesores inmediatos, los que acompañaban a los grandes conquistadores en sus gestas.

Será Bernal Díaz del Castillo el que nos hable del descubrimiento de la cámara del tesoro del padre de Moctezuma, que encandilará por largo tiempo la imaginación de sus lectores:

Y, desde que fue abierta, y Cortés con ciertos capitanes entró el primero dentro y vieron tan gran número de joyas de oro [...] y otras muchas riquezas, quedaron asombrados y no supieron qué decir ante tanta riqueza (*apud* Arciniegas, 1985: 274).

La codicia y la ingenuidad de los españoles fue puesta en ridículo por Fray Bartolomé de las Casas, que se mofó de las ansias desmedidas de los que fácilmente creían en todo lo que se les decía:

Y porque un indio les hizo entender que había un río donde con redes se pescaba oro, lo llevaron ante los procuradores de Castilla, para que se lo dijese al Rey y, o porque un indio lo inventó o porque ellos lo fingieron, de tal manera se extendió por todo el reino la fama de que pescaban oro en tierra...que para ir a pescarlo se movilizó toda Castilla (*apud* Arciniegas, 1985: 66).

Michel de Montaigne, que en el siglo XVI tomó en sus manos la defensa de los indios y de su cultura, no dudó de los tópicos en los que se cifraba la leyenda de "Eldorado" en su época. En el libro tercero de sus "Ensayos", de 1588, habla de las grandes riquezas de las ciudades de Cuzco y de México y hace también referencia al legendario rey en cuyo jardín todos los árboles y todas las hierbas, según su orden y su tamaño, eran de oro macizo.

Voltaire, dos siglos después, sitúa "Eldorado" en el Perú, y el concepto que tiene de él es similar: una casa en la que la puerta era de plata y las habitaciones incrustadas de rubís y de esmeraldas. Tal es la descripción que de ese lugar soñado hace en *Cándido*, uno de sus cuentos filosóficos más conocidos. El punto de vista ha cambiado no obstante: ya no se alaban sin más las ventajas de tales riquezas. Cándido se aburre en un sitio tan privilegiado y decide marcharse. La sobreabundancia, unida al perfecto equilibrio en las relaciones sociales, la monotonía en suma, llega a resultarle insoportables.

La pérdida progresiva de lo que había ido almacenando para su largo viaje de vuelta a la civilización, lo que todavía conservaba de "Eldorado", es simbólicamente el fin de un sueño, la constatación de una decadencia. En apenas dos siglos el gran imperio español se vino abajo y, en el mismo período, no pocas esperanzas de una vida muelle, sin necesidades materiales, se derrumbaron simultáneamente. El prodigio de "Eldorado" se convierte para el enciclopedista francés en un alegato a favor del trabajo diario, frente a la utopía de encontrar aquello que nunca fue hallado.

Un nuevo materialismo se impone en el siglo de las Luces, un nuevo concepto del progreso que hace que se desvanezcan los milagros y que reine el buen sentido común: nada se le dará al hombre por añadidura; ha de labrarlo con su esfuerzo, con sus propios medios y guiado por la única luz de la razón.

Voltaire nos habla además de la vieja utopía del lugar idílico que también representaba el mito: "Eldorado" era un mundo idílico, paralelo al que Tomás Moro había trazado en su "Utopía", allá por el 1516. Pero ese modelo, con la Ilustración, se demuestra estéril. El entramado social está muy lejos de reflejar una perfecta armonía. Hay que contribuir a crearla, hay que escabullirse de la ensoñación inoperante y comenzar a construir; es justamente lo que Cándido descubre con su no acomodación a un mundo que, por demasiado perfecto, se demuestra irreal.

EL CONTINENTE Y SUS GENTES

América será para los europeos una continua sorpresa. Además de los beneficios que no dudan en obtener de ella, la verán también como la tierra de los pájaros más vistosos, con su espléndido plumaje, la de las frutas perfumadas y los tubérculos desconocidos, la de las maderas preciosas y la de todo aquello que evocaba y todavía evoca la imagen de lo exótico.

Resulta curioso constatar que en la imagen arbitraria que los europeos se formaron de aquella tierra lejana contaban más los animales y las plantas que los propios indígenas.

Aunque la mayor parte de los animales descubiertos no tuviesen utilidad práctica (excepción hecha de la llama, del guajalote o pavo común y del guanaco), los europeos se sentían atraídos por una fauna de lo más diversa: serpientes, pájaros, mariposas, lagartos, pumas, monos, etc. Pero también la botánica les llamaba la atención: la papa y el maíz, el tabaco, la yuca, la mandioca, los fríjoles, el pimiento, el tomate, el maní o cacahuete, el bleado, el nopal o chumbera, el maguey o pita, la calabaza y tantos otros, amén de todo tipo de maderas desconocidas.

Muy a menudo los animales y plantas serán revestidos de unas cualidades fantásticas que exceden las puramente naturales y se enmarcan en el terreno de la fantasía, heredada de los mitos antiguos recreados por la Edad Media, como enseguida veremos. Al mismo tiempo, el escenario de las tierras recién descubiertas se convierte en un paisaje soñado, exótico, fuera de los límites de lo conocido, que se será explotado a placer por los escritores para sus ficciones literarias de todo tipo y, muy concretamente, será uno de los ambientes de ficción preferidos por la literatura romántica.

La increíble variedad floral y faunística que América presentaba inspirará a Chateaubriand, que había vivido en el Norte del Continente por espacio de cinco meses, durante el año 1791, el marco idóneo para dos de sus relatos más conocidos. Gran fabulador, deleitará a sus lectores con el exotismo que emana de sus relatos. En *Atala* y en *René* rememora las hermosas imágenes de las tierras americanas. Sus descripciones de la Luisiana en *Atala* reproducen con esplendor la idea de una naturaleza virgen, salvaje y hermosa, que quedó grabada en el acervo común del hombre occidental:

“Colgados por encima de los cauces del agua, agrupados sobre las rocas y las montañas, esparcidos por los valles, árboles de todo tipo, de todos los colores, de todos los perfumes se mezclan, crecen juntos,

alcanzan en el aire alturas que apenas alcanza la mirada [...]. Una multitud de animales, situados en esos lugares apartados...enseñan su encanto y proclaman la vida. Desde los bordes de los caminos se pueden ver osos hartos de uvas que se columpian [...] papagayos verdes con la cabeza amarilla (Chateaubriand, 1964: 39).

Sirvan estas frases como muestra de su descripción de la belleza indómita del Continente. Sobre sus gentes, el tono cambia. Ya desde el siglo XVI se tendrá una imagen del "indio" bastante negativa, a causa de las costumbres antropófagas de algunas tribus. Montaigne, en pleno Renacimiento, será uno de los primeros en intentar comprenderlos y excusarlos. Sin embargo, los relatos sobre los aztecas y sus ritos religiosos llamarán fuertemente la atención en toda Europa. Sabido es que hacían sacrificios humanos, en los que arrancaban el corazón todavía palpitante de sus víctimas. Este rito llenará de temor a todos cuantos tenían ocasión de escucharlo y justificará en buena medida la necesidad de una "conquista espiritual", de que la cruz substituya a los dioses indígenas.

A partir de entonces se formó la "Leyenda Negra", ya que los españoles no se enfrentaban con un pueblo de religión primitiva, sino con una religiosidad fuertemente arraigada y canalizada hacia dos dioses principales : Huitzilopochli y Quetzacoalt, deidades de la guerra y de la lluvia respectivamente. Al último citado lo imaginaban como a un hombre blanco, de ahí que estuviesen preparados, en cierta medida, para la llegada algún día de los europeos.

Disculpar los sacrificios humanos era algo inadmisibles, pero intentar introducir por la fuerza una nueva manera de entender la relación del hombre con las fuerzas supremas también tenía que serlo. Y así, de hecho, sucedió. No sólo Fray Bartolomé de las Casas relata la persecución de la cultura indígena; otros historiadores como Pero Hernández tampoco escatiman comentarios sobre la crueldad de los conquistados y sus maniobras para conseguir lo que desean, semejantes en crueldad a aquellas que intentaban erradicar; véanse las siguientes palabras de su "Apresamiento de Cabeza de Vaca":

Para valerse los oficiales y Domingo de Irala con los indios naturales de la tierra, les dieron permiso para que matasen y comiesen a los indios enemigos suyos y a muchos de éstos a quienes dieron licencia eran cristianos recientemente convertidos [...] cosa contraria al servicio de Dios y de su Majestad y aborrecible a todos cuantos la escucharon (*apud* Arciniegas, 1985: 420).

El mismo caso se da entre los propios indígenas, que temen que los exploradores imiten sus costumbres, como se relata en la "Conquista del Nuevo reino de Granada", obra de Fray Pedro Aguado, y que dice en uno de sus párrafos :

Ellos y sus soldados pusieron toda su diligencia en hacerse con alguno de los moradores de aquella tierras, pero como se escapaban y tenían que andar cazándolos por los montes como si fuesen fieras, sólo pudieron coger a un indio que, asustado y amedrentado al ver a tanta gente que no veía en su pueblo, estuvo dos días y dos noches sin hablar, creyendo que los españoles eran gente...que comía carne humana, por lo que aguardaba que enseguida le darían muerte y se lo comerían (*apud* Arciniegas, 1985: 319).

Presentaba América elementos de observación valiosísimos en el campo religioso, que comprendían desde el burdo totemismo hasta la idolatría más evolucionada y no es conveniente olvidar que la intervención del clero regular y secular frenó muchas veces la crueldad de los conquistadores y moderó la brutalidad de su conquista.

Frente a la indiferencia de los ingleses, los españoles intentaron redimir el alma indígena e incluso se ensayó, en las selvas del Paraguay, el establecimiento de una Ciudad de Dios, que fue desbaratada a raíz de la expulsión de los jesuitas por Carlos III.

Los excesos de poder de los Padres y la "Leyenda Negra", que ya arrastraban los españoles a raíz de los relatos del Padre de las Casas serán aprovechados por Voltaire, enemigo acérrimo de los jesuitas, aunque educado por ellos, para criticarlos duramente en *Cándido*. Cacambo, personaje que acompaña al protagonista, dice :

Conozco el gobierno de los Padres igual que conozco las calles de Cádiz. Es digno de admirar su gobierno. Su reino tiene ya más de trescientas leguas de diámetro (se refiere al Paraguay), está dividido en treinta provincias. Los Padres lo tienen todos y el pueblo no tiene nada; es una obra maestra de la razón y de la justicia. No encuentro nada tan divino como los Padres, que aquí hacen la guerra al rey de España y de Portugal y en Europa confiesan a esos reyes [...] en Madrid los mandan al cielo (Voltaire, 1966: 207).

Muchas serán las voces que pregonen la destrucción de la cultura indígena y, al mismo tiempo, formen poco a poco el tópico del "buen salvaje", de la bondad natural del hombre. Esa imagen tierna no era

sin embargo, real ya que el indio por naturaleza nada tenía de ingenuo, ni de esa bondad inmaculada que se le presuponía.

Al contrario, cuanto más primitivo, más peligroso. En las costas del Darién y en el istmo de Panamá incendiaba las aldeas fundadas por los exploradores. En las praderas del Medio Oeste vivían los famosos cazadores de cabelleras. En el Ecuador, los reductores de cabezas. En las costas suramericanas del Caribe, los antropófagos. Y en el sur de Chile, los araucanos, de carácter indomable.

No obstante, el "buen salvaje", esbozado por Montaigne y proclamado por Rousseau, extrapolado ya al ámbito de la civilización europea, hará fortuna y tendrá consecuencias teóricas nada desdeñables, como la de la igualdad entre todos los seres humanos y, posteriormente, la de la libre elección de un jefe y de un sistema de gobierno. Esas ideas pronto se divulgarán en América e impresionarán de manera decisiva a los criollos. La declaración de la Independencia de los Estados Unidos y la traducción de los Derechos del Hombre que circuló en Santa Fe de Bogotá son sus directas herederas, así como las proclamas de San Martín en el Sur o las de Bolívar en el Norte de Sudamérica.

Chateaubriand, desde la literatura, sostiene la misma idea, a través del personaje del Padre Aubry que trata de defender a los "salvajes" no de sí mismos, sino del progreso.

LA REALIDAD FRENTE A LA FÁBULA

Consecuencia directa de los nuevos descubrimientos será también la nueva cosmografía. Con una claridad que todavía no tenían las primeras cartas muy vagas de Cristóbal Colón, las relaciones de Magallanes pusieron al descubierto que el mundo era mayor de lo que se suponía. Posteriormente, las expediciones científicas del siglo XVIII revelaron una realidad bastante más amplia de lo que cabía imaginar.

Ya desde el año 1410, la *Geografía* de Ptolomeo, traducida del griego, había permitido elaborar mapas del mundo esféricos, con redes de meridianos y paralelos, aunque sus afirmaciones desaconsejaban circumnavegar África para llegar a la India, ya que sus hipótesis decían que no era posible e insistían en que el trayecto marítimo entre Europa y Asia era más corto por la ruta del Oeste (Laredo Quesada, 1992: 67-69; Gil, 1989).

Colón confió en Ptolomeo y tuvo la suerte de encontrar un continente inesperado. Los portugueses no, y así pudieron llegar a la India. El atraso en el conocimiento geográfico que se observa en los

primeros siglos de la Edad Media se debe al desconocimiento del griego, general en toda Europa, y al consiguiente alejamiento de las fuentes del saber helenístico.

Las fabulaciones sobre los míticos animales que habitaban en lugares desconocidos se vieron alimentadas por obras como la *Collectanea Rerum Memorabilium* de Gayo Julio Solino, escrita a mediados del siglo II y que insistía en la existencia de monstruos que poblaban diversos lugares: amazonas, antípodas, antropófagos, cinocéfalos (de cabeza de can), sciápodos (con un solo y enorme pié), pigmeos, trogloditas, panotios (dotados de grandes orejas) eran solo algunos de esos seres estrambóticos, a los que hay que añadir las gallinas lanudas, las raíces antropomorfas como la de la mandrágora, los basiliscos con cuerpo de serpiente y cabeza de pájaro y los grifos (mezcla de águila y de león), amén de centauros, sirenas o mujeres-serpiente, como Melusina.

Algunos de los exploradores españoles, en el siglo XVI, todavía estaban imbuidos por esos mitos, que tanta fortuna conocieron en la etapa medieval y que inspiraron a pintores como El Bosco. No obstante, hay que convenir que el cambio en la comprensión europea del mundo y de sus habitantes se debió a los grandes descubrimientos llevados a cabo entre los años 1492 y 1520. A partir de entonces, irán desapareciendo los monstruos y los seres imaginarios, a la vez que el hombre occidental entrará en una nueva era en la que la razón, apoyada en bases serias y fiables, destronará para siempre el imperio de los fantasmas. Con razón se dijo que el descubrimiento de América es uno de los pilares del Renacimiento europeo, una puerta abierta hacia la sabiduría de la Edad Moderna.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arciniegas, G. (1985) *Historiadores de Indias*, Barcelona: Ed. Océano-Éxito.
- Chateaubriand, F. R. (1964) *Atala, René*, París: Garnier-Flammarion.
- Fernández Álvarez, M. (1994) "Europa y América en la política imperial de Carlos V", en *Correspondance*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 21-33.
- Gil, J. (1989) *Mitos y utopías del descubrimiento*, Madrid: Alianza.
- Laredo Quesada, M. A. (1992) *El mundo de los viajeros medievales*, Madrid: Anaya.
- Voltaire, F. (1966) *Romans et Contes*, París: Garnier-Flammarion.